

Cuando el coyote aúlla

Eugenia Meyer

El siglo XIX tuvo de todo. En lo económico, lo político y lo social fue la centuria del cambio, del anhelo de independizarse de España, de la consolidación del Estado nacional que —ya desde el último tercio y hasta el arranque de los novecientos— daría a México la posibilidad de insertarse en la modernidad. Guerras internas, combates por defender la soberanía frente a los invasores, mutilaciones territoriales y el triunfo de la República y del pensamiento liberal iban forjando el carácter de la nación en la búsqueda de la paz y el progreso. Se trazaban rumbos y se allanaba el camino de los hombres que construirían un formidable estilo de gobernar.

A partir de la sugerente idea de “poca política y mucha administración”, se marcó el camino a la generación de la Reforma. Los otrora destacados héroes de la defensa de la patria frente a los franceses se alistaban para repensar y redefinir el país y por más de treinta años imponer su voluntad.

Dos oaxaqueños con sangre indígena asumirían, casi consecutivamente, el liderazgo de los mexicanos y se convertirían en grandes caudillos. El primero, Benito Juárez, logró la hazaña de herir de muerte al poder de la Iglesia, con las armas del pensamiento, la razón y la legalidad. El segundo, Porfirio Díaz, realizaría el sueño más caro y oculto de casi todos los políticos decimonónicos —y quizá también del actual siglo—: mantenerse en el poder por más de tres décadas sin grandes sobresaltos, cubriendo siempre la formalidad de respetar la legalidad al punto de llegar a conquistar la legitimidad.

En ese bien definido proceso el autor del Plan de la Noria y del Plan de Tuxtepec gobernó por vez primera de 1877 a 1880. Con una mira mucho más larga y lejana formuló la necesidad de una elección que llevara a uno de sus compañeros de armas o de sus más cercanos colaboradores a la presidencia “interregno”, de tal suerte que el héroe de la Carbonera, del 2 de abril y tantas otras batallas aún frescas en la memoria, pudiera, pasado ese periodo, volver a tomar las riendas del país, controlar y manipular su realidad temporal y determinar su futuro.

Había que escoger al hombre adecuado que cumpliera el pacto de caballeros, al que con certeza no lo traicionaría y, en cambio, coadyuvaría al logro del proyecto nacional, a la manera imaginada por el propio Díaz. Los viejos camaradas del ejército, los amigos y hasta los enemigos políticos se aprestaban para el proceso electoral.

En medio de ese panorama surgieron cinco candidaturas, la de Justo Benítez, apoyado más en el recuerdo que de él tenía Díaz que en una real influencia sobre el general; la de don Ignacio Vallarta, presidente de la Suprema Corte y vicepresidente de la República; la del general Trinidad García de la Cadena, gobernador de Zacatecas; la de su homólogo Ignacio Mejía, “representación póstuma del militarismo, que ya tenía en González a su nuevo representante, y la de Don Manuel M. de Zamacona, basada en ciertas simpatías dispersas que le granjeara el prestigio de orador y de diplomático”.¹

Tiempo después, el secretario de Guerra del primer régimen porfirista, Manuel González,² surge como candidato para así completar la media docena. Como bien advierte Cosío Villegas, Manuel González por supuesto disponía de mayores recursos:

al iniciarse apenas su campaña se dio la noticia de que gastaba mensualmente en subvencionar veintiséis periódicos la fabulosa suma de tres mil pesos. Contaba además con la actividad incesante de Vicente Riva Palacio, y, por encima de todo, con la dirección superior del Presidente. Tomó así su campaña un tono general de gran discreción pública y de un oculto realismo, pues la mayor actividad se encaminó a ganar el favor de los gobernadores y de los mandones regionales. Ya se han indicado algunos progresos que en ese sentido fue logrando

¹ Véase Salvador Quevedo y Zubieta, *Manuel González y su gobierno en México. Anticipo a la historia típica de un presidente mexicano*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 3ª ed. (con correcciones y adiciones hechas por el autor), 1928, p. 62.

² Según advierte Cosío Villegas: “[...] Díaz, sabedor de su escaso prestigio, había dado a González el mando de un ejército formidable: así cosecharía algunos tardíos laureles, aunque fuera en el lejano Tepic y a costa de unos pobres indios desarmados. Además se aseguraba de su pretendida nacionalidad española, que incluso nuestro ministro en España Ramón Corral le había enviado a días a acta de bautismo, que demostraba que González había nacido en un ‘lugarejo de la provincia de Santander’, el *Diario Oficial* lo desmintió de inmediato y finalmente la legislatura de Querétaro aprobó un decreto en que se declaraba ciudadanos y beneméritos del estado a Díaz y a González, no se podía decir más claro de qué lado estaban las autoridades locales”. Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. Vida política interior. Primera parte*, México, Editorial Hermes, p. 564.

desde muy temprano Porfirio; confirmados estos progresos por el tiempo, llegan a extenderse a zonas antes dudosas [...]

Pero el propio González no dejó de tener sus golpes: se le calificaba de *viejo zorro* porque, empeñado en no comprometerse, todavía a fines de abril de 1880 no había dicho, ni en un documento público, ni siquiera en una carta privada, si aceptaba su postulación [...] Y mucho menos, desde luego, había querido comprometerse con un programa de gobierno. [...] El 5 de febrero de 1880, sin embargo, presentó un programa con sus pros y sus contras. Acertó en la brevedad y la sencillez, de modo de evitar la tacha de que se debía a otra pluma, la de Riva Palacio, por ejemplo, que hubiera producido ciertamente un documento llamativo, pero de una factura muy personal. Para subrayar lo genuino del programa, lo expidió en Tepic, muy lejos de sus consejeros. La falla principal se advierte desde el comienzo: un grupo de amigos míos lo habían designado candidato; para contrarrestarla, explicó un poco beligerantemente que ellos procedieron así en uso de "su derecho de ciudadanos". Ofreció una adhesión cabal a la Constitución con sus adiciones y reformas, en especial a la libertad pública y las garantías individuales; rectitud, justicia y moralidad; por sobre todo, el progreso en todas sus nobles tendencias, así intelectuales como materiales y en el orden político, económico y social. Quizá la parte de mayor sustancia política sea la reiteración en su propósito de unir a los mexicanos y gobernar sin hacer distinción entre ellos.³

La lucha obligaba a buscar formas diversas de propaganda y también vías contestatarias que pudieran, en una compleja lid política, esbozar ideas, dirimir querellas y ante todo buscar apoyos conducentes a inclinar la balanza en su favor.

No se trataba, sin duda, de hacer una campaña que llegara a las masas, ni mucho menos. Era menester fortalecer la imagen de González, socavar el prestigio de los otros miembros del Partido Liberal, sus enemigos políticos, en forma inteligente, pensada, sutil, de manera tal que ese pequeño sector de la vida política que conformaba el Congreso, el cual habría de elegir al sucesor de Díaz, estuviera al tanto de los desafíos que enfrentaba el candidato, como también de los retos que se aprestaba a encarar.

Con el apoyo de diversas personalidades, a lo largo del proceso, se gestaron publicaciones diversas, hasta que se logró convertir a González en candidato único. En esas ediciones siempre se adosaban las estrofas y comentarios de "Juvenal", o sea del mismísimo Vicente Riva Palacio. Los gonzalistas, valiéndose del éxito creciente que el periodismo crítico estaba adquiriendo, a partir del uso de versillos y sobre todo de caricaturas, se dispusieron a lanzar un periódico semanal, que usara tales recursos para desbrozar el camino hacia la presidencia.

Así, apenas unas cuantas semanas después de que González presentara su programa, el domingo 5 de febrero de 1880, apareció un tabloide de ocho páginas, cuyo recuadro superior ostentaba al mexicanísimo coyote, disfrazado de intelectual, afilando con un cuchillo la pluma fijo a un largo manguillo que más se asemejaba a un dardo.

Al salir a la venta, este semanario de corta vida, que no completaría los nueve meses, pues sólo se publicó hasta el domingo 21 de noviembre del mismo año, costaba tan sólo 50 centavos en la capital, y en los estados "franco de porte", su precio ascendía a 75. Era posible adquirirlo en la Alacena de don. Trinidad Martínez, en el Portal de Mercaderes y en la Administración, primera calle de la Aduana Vieja número 7. El editor responsable era Alberto Caro y el administrador, Ignacio Haro. A lo largo de sus treinta y seis números⁴ se imprimió siempre en la Tipografía Literaria, Cano.

La publicación siempre tuvo un formato similar, caracterizado por poco texto, dividido en tres secciones fundamentales: "Desde la cueva", a manera de editorial semanal, "Veredeadas", con versos o estrofas que

³ Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 563-564. Cabe señalar que, a partir de la Constitución de 1857, las elecciones se realizaban en dos fases. La primaria, que era abierta, en la cual los ciudadanos elegían representantes, llamados electores, quienes a su vez, en una segunda etapa, votaban por los funcionarios tanto para ocupar el Ejecutivo, como para los cargos en el Poder Legislativo y Judicial. Se trataba de un sufragio universal indirecto, que ciertamente sentaba precedente a una participación más amplia, tomando en cuenta la precaria cultura electoral de la joven nación.

⁴ Hacemos notar una pequeña errata editorial, ya que el número 28 del domingo 19 de septiembre, debió decir número 29. A la colección existente en el acervo bibliohemerográfico del arquitecto Juan Cortina le faltaban dos números: el 24, correspondiente al domingo 15 de agosto, y el 32, del 17 de octubre de 1880, ya que al parecer no se publicó el domingo 10. Estos ejemplares pudieron integrarse en la edición facsimilar, a fin de presentar la colección hemerográfica completa. Agradecemos la generosa colaboración del personal de la Biblioteca Sebastián Lerdo de Tejada de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

hacían alusión a los enemigos políticos de González, y “Pesca en el gallinero”, que daba cuenta de las actividades de los otros candidatos a la primera magistratura en tono jocoso o francamente irónico.

Un equitativo espacio se destinaba a las caricaturas o bocetos, siempre firmados por “Noé”, posible seudónimo de José María Villasana.⁵ Se valía en consecuencia del aún novedoso recurso de la caricatura, incorporado a la prensa del siglo *XIX* por un periodismo eminentemente político, doctrinario o de combate, singularizado por el empleo de la argumentación y de la polémica partidista o personalista.⁶

Al analizar la nueva publicación referida, resulta esencial ocuparse, además de los textos, ocuparse de la forma en que se creó y mantuvo la imagen del semanario como parte integral del mismo. El recurso gráfico aligeraba y mejoraba su presentación del tabloide, al tiempo que con seguridad atraía a un público atento a los vaivenes de la política y a los caprichos de los políticos.⁷

En su primer número se advertía que desde Alejandro el Grande hasta el suegro del Ejecutivo, o sea don Manuel Romero Rubio, “los grandes hombres han sido y serán siempre el más justo motivo del orgullo de los pueblos en que nacieron”.⁸ De ahí que mencionara a los seis candidatos a la presidencia, como

otros tantos grandes hombres que la Divina Providencia hizo nacer en nuestro suelo para conducirnos derechito, derechito hasta el templo de la felicidad y de la gloria. Todos esos caballeros, al decir de los periódicos, no son hombres así como quiera, sino verdaderos genios capaces de hacer milagros y entre otros el de proporcionarnos en este valle de lágrimas las dulzuras de la vida eterna.⁹

Por ello mismo le resultaba imposible a *El Coyote* permanecer tranquilo e indiferente en su madriguera, sin intervenir en la lucha donde se trataba de escoger de entre esos soles el que habría de alumbrar a los mexicanos durante los cuatro años siguientes. Con sutileza, el tabloide que ninguno de los candidatos era en realidad malo y por ello quizá el resultado de la elección podría ser el mismo. Sin embargo, agregaba que al coyote

le ha hecho muchas cosquillas aquello de que el periódico que elogia a uno de los candidatos, a la vez pone como suelo a los demás y esto sí es materia de pensarlo mucho, porque no estando conformes en sus apreciaciones, podría resultar borrego aquello del milagrito y que en lugar de un sol no fuese ni cerillo el candidato.¹⁰

Con ese tono festivo se anunciaba la misión de observar y no andarse con “rodeos ni por las ramas en eso de hacer público el elogio de todos y cada uno de los candidatos” y, “si en efecto todos eran buenos, el *coyote* decía, acostumbrado a creer cuanta mentira le cuentan y como es de buen humor nada tomará a lo serio y todo lo verá color de rosa y nada más por el lado bueno, sin fijarse nunca, nunca, nunca, en el lado malo”.¹¹

Con cierta ironía los editores aceptaban que la lucha sería muy desigual,¹² porque en la palestra habría animales y muy grandes, fieras terribles como leones, tigres, panteras, etc. entre las cuales el pobre *coyote*

⁵ José María Villasana (1848-1904). Este conocido dibujante y caricaturista nacido en Veracruz y afincado en la ciudad de México fundó en su tiempo una importante columna en *El Ahuizote*, el periódico de oposición al gobierno de Lerdo de Tejada. Colaboró con diversas publicaciones como *México Gráfico*, *La Orquesta* y *El Mundo Ilustrado*, donde creó sus célebres “Cuadros de Costumbres”. Participó eventualmente en la política y llegó a ser diputado al Congreso de la Unión.

⁶ La primera imprenta litográfica traída por los italianos Claudio Linati y Gaspar Franchini, en 1825, coincide con el año en que aparece el primer dibujo caricaturesco en *El Iris*, dando paso a una proliferación de imágenes y de publicaciones. Sin embargo, la mezcla de sátira, caricatura, crítica social e información empezaría formalmente en 1861, con el periódico *La Orquesta*. Cabe mencionar que ya en el último tercio del siglo aparecieron revistas y periódicos para mujeres y niños, prensa obrera, económico-comercial y publicitaria, literaria y satírica.

⁷ Pronto las ilustraciones se tornaron en parte esencial de los periódicos *joco-serios*; las caricaturas satisfacían el objetivo de una directa crítica social que, sobre todo después de la Reforma y hasta el Porfiriato, alcanzaría gran popularidad. En cierta forma, la caricatura y el grabado fueron también antecedentes del reportero gráfico, pese a que la fotografía había sentado sus reales hacia 1848, durante la invasión estadounidense.

⁸ “Desde la cueva”, *El Coyote*, México, domingo 7 de marzo de 1880, tomo 1, p. 2.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ibidem*.

¹² Los gonzalistas se sentían amenazados en la Cámara. Con malicia, señalaban la omisión a sus representantes en las invitaciones para concurrir a las juntas. De hecho, no figuraban. En cambio, sí lo hacían los representantes de los otros cuatro candidatos: García Cadena, Vallarta, Mejía y Zamacona. Incluso hubo un atentado contra Manuel González en Guanajuato, luego de hacerse elecciones secundarias. El 24 de septiembre de 1880, el dictamen de la comisión escrutadora estaba listo. Se propuso una moción suspensiva para posponer su consideración hasta quince días después de ser repartido entre los diputados. Eran pretextos: se temía un golpe de Estado y que Díaz prorrogara su mandato.

estaría expuesto a gravísimos peligros, sin exceptuar el de ser engullido. No obstante, como ya se “había hecho ganas”, la publicación según aquéllos empezaría sus tareas tratando de sortear la modestia sin límite de todos los candidatos, se propondría usar la pluma para resaltar los elogios justificados dictados por la más sana de las conciencias. Anticipaban, a la vez, que se requeriría de un “alma muy negra y un corazón de chiluca para suponerle una perversa intención” a su impreso.

Y, así, el tabloide continuó hasta su número 27, cuando el público recibió a un coyote docto, con toga, birrete y extrañas ínfulas, quizá de juez o bien de catedrático, de mirada suspicaz, que tomaba con el dedo índice y el pulgar un poco de rapé de una minúscula cajita. Atrás había quedado el coyote escribano. Se trataba de hacer alusión a las complicidades entre el licenciado don Manuel María de Zamacona y don Ignacio Vallarta, a la sazón presidente de la Suprema Corte de Justicia. Al parecer, “desde la cueva”, el coyote pudo deslizarse sigilosamente en la casa del funcionario y observó cómo ambos candidatos se aprestaban a editar el chinacate instruido o el manual del pronunciado perfecto en referencia indirecta, sin duda, al gallo sin plumas y elegido de don Porfirio que era nada más ni nada menos que don Manuel González.

En los siguientes nueve números *El Coyote* apareció siempre como magistrado y, el domingo 14 de noviembre de 1880 lució en su portada al mismísimo general de división Manuel González, ungido ya como presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. A diferencia del resto de las ediciones, en ésta “Desde la cueva”, contaba ya de entrada con un sumario, que informaba desde los preparativos electorales hasta la conclusión de los comicios con un “Dios salve a México!”.¹³

El último número, el 36, del domingo 21 de noviembre de 1880, *El Coyote* advierte en la cueva, a manera de editorial, que se rumoreaba que en México no había partidos políticos, sino círculos personalistas y, por ende parecían no importar los programas políticos sino los candidatos que se disputaran el sillón presidencial. Sin embargo insistía en que, como “prometer no empobrece”, todos los presidentes de México hacían ofrecimientos al pueblo, que no necesariamente se cumplían. Pero reconocía *El Coyote*, que al general González le veía cara de hombre muy formal para cumplir su palabra, y que por tal razón se había decidido a jugarse el todo por el todo postulándolo “con energía, sin tener más elementos en favor de su propósito, que once mil quinientos veintiocho votos probables”,¹⁴ y concluye, quizá como despedida:

Los costalazos están a la orden del día, y el Coyote no quiere consumir tintura de árnica para curarse las costillas, razón por la cual al postular con tanta anticipación al general González, anda con más tiento que si anduviera entre pencas de un nopal, porque no quiere ni espinarse, pero ni mucho menos resbalarse.¹⁵

El cometido de *El Coyote* se había alcanzado. En realidad no hubo tropezón alguno, puesto que los comicios 11 528 votos electorales para González, 1368 para Justo Benítez, 1 075 para Trinidad García de la Cadena y sólo 509 para Ignacio Mejía. Don Ignacio Vallarta alcanzó apenas 165 y Manuel María de Zamacona, 76. Como la mayoría se obtenía mediante 9625 sufragios, Manuel González triunfó con un margen favorable de 1903 de ellos.¹⁶ Así, el Congreso lo declaró electo para el periodo presidencial que iba del 1º de diciembre de 1880 al 30 de noviembre de 1884.

La historia de *El Coyote*, de corta vida, permite recrear una época y una cotidianidad política, así como ilustrarnos respecto a las formas varias en que los políticos de entonces se aprestaban para la lucha electoral. El ingenio y el veneno también sirvieron con el fin de deformar imágenes a la vez que esculpir otras, acordes con un proyecto específico. Y si esos rasgos marcaron la diferencia, entonces parece pertinente recuperarlo como testimonio de tiempos idos, aunque no de mañas olvidadas de coyotes u otras especies.

¹³ *El Coyote*, México, domingo 14 de noviembre de 1880, tomo 1, núm. 35, p. 2.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Para mayor detalle, véase Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, op. cit., p. 517. En nota a pie de página Quevedo y Zubieta advertía sobre el examen comparativo de los votos asignados a Manuel González y los más próximos presidentes que le precedieron, resultando que González fue quien desde la independencia había tenido el mayor número de sufragios, según se desprendería del siguiente cuadro: Benito Juárez, en 1861 obtuvo 5,289 votos, el mismo benemérito, en 1867, llegó a la presidencia con una mayoría absoluta, con un cuerpo de 10,380 electores. En 1871, le faltó la mayoría absoluta de votos, o sea la mitad más uno de los 12,361 electores y fue declarado presidente por el Congreso. Sebastián Lerdo de Tejada en 1872 obtuvo 10,312 votos, en tanto que para 1877 en su primera elección, Porfirio Díaz contó con 11,475 votos y para 1880 los votos que llevaron a González a la presidencia, sumaron 11,523. Véase Salvador Quevedo y Zubieta, *Manuel González y su gobierno en México... op. cit.*, p. 64.